

MIGUEL MIRANDA

LOPE DE VEGA, 19

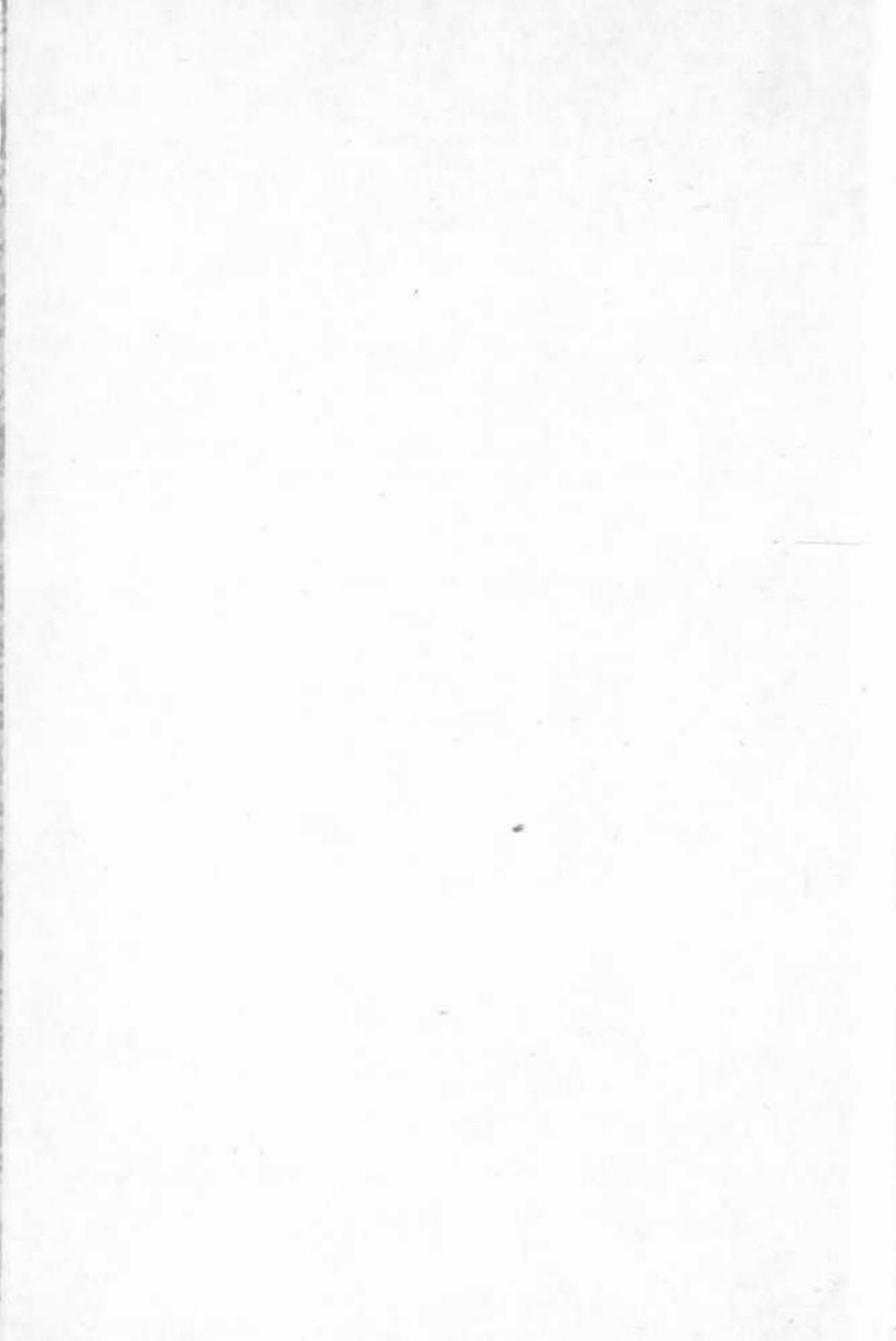
28014 - MADRID

TELF. 914 294 576

DECL
A

T. 172017

CB .1223217



PERSONA COTINA
IR POR LANA

DOÑA MARÍA
DON YACUPO
DON CLEMENTE
DON CIRIACO
DON FORTALDO
Y VOLVER TRASQUILADO.

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN VERSO

POR

JUAN MARTINEZ VILLER GAS.



Esta Comedia, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros modernos, no sólo en España, sino en el extranjero; quien reservándose ante lo que se reimprime en algún teatro del reino, sin recibir para ello su consentimiento, según previene la Real orden inserta en el número de 8 de Mayo de 1837, y la de 16 de Mayo de 1837, en virtud de la propiedad de las obras dramáticas.

MÁDRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

Setiembre de 1843.

PERSONAS.

ACTORES.

DOÑA MARÍA.	<i>Doña Juana Perez.</i>
DOÑA CONCHA.	<i>Doña Concepcion Lapuerta.</i>
DON FACUNDO.	<i>Don Francisco Lumbreras.</i>
DON CLEMENTE.	<i>Don Juan Lombia.</i>
DON CIRIACO.	<i>Don Vicente Caltañazor.</i>
DON LORENZO.	<i>Don José Aznar.</i>

La escena en el primer acto es en Madrid. Decoracion de calle. A la derecha y frente al público la puerta de la casa de don Facundo: á la izquierda la ventana de la casa de doña María, cuya entrada-figura estar en la otra fachada.

En el acto 2.º el teatro representa una posada de un pueblo con puerta en el fondo y á los costados. Sobre estas últimas habrá una ventanita pequeña por donde quepa la cabeza de un hombre. Corredor á derecha é izquierda en último término. Mesa, recado de escribir &c.

Esta Comedia, que pertenece á la Galeria Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 16 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas,

12. 137492

A mi amigo

D. EDUARDO GONZALEZ PEDROSO.

3 mi unigo

D. EDUARDO GONZALEZ PERROSO.

Acto primero.

ESCENA PRIMERA.

DON LORENZO y DON CLEMENTE, con piedras en la mano.

Lorenzo. Dígame usted, don Clemente,
¿entra el marques?

Clemente. Que sé yo...
me he figurado que no.

Lorenzo. Es que al vado ó á la puente.
Si ya no se ha convencido
le haremos ver por muy cierto
que estas que hemos descubierto
son minas de oro molido.

Clemente. No de que caiga me espanto
sin que medien mas razones
que enseñarle estos terrones
cuyo brillo engaña tanto.
Hoy en cierta casa estaba
otro que Jaujas espera
de sus minas de Almagrera;
yo las nuestras ponderaba.
Hablamos sin escupir,
tratábase convencer
á una pudiente muger
y era forzoso mentir.
El metió gran patarata
con el cobre que sacó.
Nuestras minas, dije yo,
lo menos que dan es plata.
Mentimos como estudiantes.

Él se forjó cien palacios
de esmeraldas y topacios,
yo de perlas y brillantes.
Barras, dijo, hallo estremadas
de plata todos los días.
Yo dije: en las minas mías
salen onzas acuñadas.
Así es como se negocia.

Lorenzo. ¿Qué resultó en conclusion?

Clemente. Que él no llamó la atención
y yo me gané una socia.
(Aqui vive mi cariño,
mi riqueza, mi tesoro;
por quien gimo y por quien lloro
día y noche como un niño.

Por quien tengo un interés
en aumentar mi fortuna.)

Lorenzo. Vamos, que va á dar la una
y nos espera el marques.

Entre paréntesis, quiero,
antes de que allá vayamos,
preguntar á cómo estamos
del cargo de tesorero.

Clemente. Ya lo hablaremos despues.

Lorenzo. La ocasion es oportuna.

Clemente. Vamos, que suena la una
y nos espera el marques. (*Vanse.*)

ESCENA II.

DOÑA MARÍA y DON CIRIACO, á la ventana.

Ciriaco. Ya es la una de la tarde:
dentro de veinte minutos
tú serás esposa mía
y yo seré esposo tuyo.

Maria. Estas son las que llamamos
verdades de Pero-grullo.

Ciriaco. ¡Cuánto anhelo ese momento,
que en medio de tanto apuro
suspenderá de mis labios
la copa del infortunio!

Ya soy cesante, María,
y faccioso antes de mucho,
que en mi opinion, descontentos
y facciosos todo es uno.

María. Anda, que pronto los hombres
desterrarán conciencizados
de la nacion española
tantos y tantos abusos.
¿Te quedaste sin empleo?
Bien; te le quitan los unos;
mañana vendrán los otros
á colocar á los suyos.

Sí, Ciriaco, sino hubiera
un solo empleo en el mundo,
ni hubiera pronunciamientos
ni habria tantos tumultos;
ni esas denominaciones
de apóstatas y perjuros,
realistas, republicanos
y cangrejos y ayacuchos.

Ciriaco. Pero hasta que aquellos venzan
soy cesante.

María. ¿Y á su triunfo
no contribuyes?

Ciriaco. María,
demasiado contribuyo.

¿Sabes los que el triunfo quieren
sin fatigas ni disgustos?

Esos gefes que pronuncian
pomposísimos discursos.

¡Dios salve al pais! esclaman:
¡al arma, patriotas puros!!

Contra el gobierno alarmado
en esta ocasion el vulgo

le ataca en Madrid con piedras
y allá fuera con cartuchos.

Mas ¿qué hacen los pajarracos
mientras tanto? son muy cucos;

siembran aqui la cizaña,
punzan á los hombres crudos,

que unos con fusil ó espada,
otros con sable y trabuco,

¡á tí, prgresista indómito!
 ¡á tí, cangrejo verdugo!
 ¡mira que si hablas, te mato!
 ¡mira que si callas, te hundo!
 y anda de palos y voces
 tan destemplado murmullo,
 que parece cada día
 la revolucion de Julio.

Los gordos, que ya revuelto
 ven el ajo, dicen duchos
 allá para sus adentros:
 zurraos bien, mamelucos;
 y se estan en sus butacas
 fumando tremendos puros,
 ó pasan los Pirineos
 mientras dura esté barullo.

Maria.

Ciriaco.

Maria.

Ciriaco.

Maria.

¿ Pero es cuestion de comer?

Sí, María, que estos tunos
 todo para sí lo quieren.

Mas, facilmente te arguyo:
 si salís luego venciendo
 ¿ comereis tambien ?

Es justo.

Una diferencia encuentro,
 Ciriaco, y aqui concluyo.
 Los de acá ya estan repletos;
 pero ¿ y si vienen los tuyos
 á manducar lo que queda?
 Tras tantos dias de ayuno,
 con las ganas que traerán,
 y los dientes tan agudos,
 ¡ ay Ciriaco! se nos tragan
 como seis son cinco y uno.
 Solo quisiera, mi bien,
 que permanecieses mudo
 en estas contiendas.

Ciriaco.

¿ Cómo?

¿ yo callar ? ¡ Es mucho asunto!
 que me vuelvan el destino
 y seré un santo de estuco;
 pero si no me le dan,
 gritaré como energúmeno:

el otro día en las córtés
daba voces como un bruto.

Maria. ¿Y tiraste piedras? que eso
pasa de castaño obscuro.

Ciriaco. Tengo al mandamiento quinto
un respeto sin segundo.

Maria. Bien, bien, no te comprometas;
huye de tales disturbios,
que no sabes cuántas penas
cuando te persiguen sufro.

Ya se acerca el himeneo,
seremos felices juntos.

Ciriaco. Sí, sí, ya te veré libre
de galanes importunos
que te rondaban la calle.

Maria. Mas la rondaron sin fruto.

¡No he visto hombre mas celoso!

Ciriaco. María, te quiero mucho,
para que yo no padezca
viendo que te mira alguno.

Maria. (Hace seña con el pañuelo por la ventana.)
Vamos.

Ciriaco. (Asomándose.)

¡María! ¿qué es eso?

Maria. ¡Oiga usted! ¿que le desnucó!

Calla, bobo, si es el cura
que llama.

Ciriaco. Soy un estúpido.

¿Estan prontos los padrinos?

Maria. Y buena que la arman juzgo.

Dicen que el día de boda

es día de gresca y júbilo.

Quieren baile hasta mañana.

Ciriaco. María, yo lo réhuso;

cuando mas hasta las nueve:

yo de jaranas no gusto,

á mas que estoy muy cansado

y... vaya, vaya, renuncio.

Maria. Sé dócil, hombre.

Ciriaco. Soy dócil,

pero si se empeñan, juro

que he de salir con mas fueros

Maria.
Ciriaco.

que el mismo rey absoluto.
¿Vamos?
Sí, vamos á echarnos
el indispensable yugo. (*Vanse de la ventana.*)

ESCENA III.

DON FACUNDO.

Por vida del otro Dios
que voy derecho al sepulcro,
víctima de mis pasiones,
lo mismo que soy Facundo.
Hoy se casa; veinte meses
ha escarnecido mi orgullo,
que la siguió en todas partes
sin conseguir un saludo.
Hoy se casa; en este instante
se encaminan en conjunto
los novios y convidados
á la iglesia. Yo me aturdo.
Huérfana de padre y madre
la solicito y la busco,
la ofrezco inmensas riquezas
y responde con insultos.
¿Yo renunciar á su mano?
¿Cuándo imaginarlo pudo?
;Yo que toda mi existencia
la consagré en este mundo!
La he de seguir en paseos,
la he de acechar como un buho
en las sombras de la noche,
sin que se libre un segundo
de mi vista, aunque se esconda
en el rincon mas oculto.
;Ah! voy, sí, voy á impedir
que se ate el nefando nudo.
Pero ¿qué digo? ¡insensato!
qué mal mis proyectos urdo;
quiero obrar en este trance
con prudencia y disimulo.
Él es un coalicionista,

segun dicen, furibundo:
 de vista no me conoce;
 veré si al medio recurro
 de que vaya á pronunciarse
 dejando el campo que es suyo.
 A no ser porque esta tarde
 mi vecino don Farruco
 y yo vamos á las minas,
 era el éxito seguro.
 Pero ya estan los billetes
 tomados... mas aun presumo
 que tengo tiempo en Madrid
 para urdir cosa de bulto.
 ¡Ah, María! Te he sitiado
 y he de vencer tus escrúpulos,
 aunque haya para rendirte
 de pedir socorro al Turco.

ESCENA IV.

DON LORENZO. DON CLEMENTE.

- Clemente.* Despedirme de mi amada...
- Lorenzo.* Dejémonos de cumplidos;
 ya tendrán en la posada
 los caballos prevenidos.
- Clemente.* Don Lorenzo, haya paciencia;
 como usted ya está casado
 y es feliz...
- Lorenzo.* En la apariencia;
 pero soy muy desgraciado.
- Clemente.* ¿Cuál es la causa enfadosa
 que le impide el ser dichoso?
- Lorenzo.* Ella rabia de celosa.
- Clemente.* Y usted muerde de celoso.
 Uno es loco, otro demente;
 con que si bien se repara...
- Lorenzo.* No tenemos corriente,
 nada que echarnos en cara.
- Clemente.* No hay, aunque soy buen amante,
 para mí, viven los cielos,
 comida mas repugnante

que la menestra de celos.
A Dios, puertas y cerrojos,
que mañana pienso ver...
¡Ay! A Dios, para mis ojos
dulce calle de Porlier.

Lorenzo. ¿Con que ahí vive...?
Clemente. Sí, mi bella,

sí, mi futura quizás.
Una vez ¡oh dura estrella!
la he podido ver no mas.
En un baile la encontré;
¡nunca muere esta ilusion!
¡Con qué contento bailé
mi vals y mi rigodon!
Por si bailarin queria,
dí saltos como una cabra.

Lorenzo. Y á todo eso, ¿qué decia?

Clemente. ¿Quién, ella? ni una palabra.
Ya mi lengua declaró
que el alma la era devota.

Lorenzo. Y al cabo ¿qué contestó?

Clemente. Don Lorenzó, ni una jota.
Que se me esplique la exijo,
por ver si así la convenzo.

Lorenzo. Y entonces ella ¿qué dijo?

Clemente. Ni una jota, don Lorenzo.
Cuando su mano me dió,
la mia, que estaba alerta,
con frenesí la estrechó.

Lorenzo. ¿Y gritó?

Clemente. Como una muerta.

Lorenzo. ¿Qué tiempo hace?

Clemente. Mas de un año:

desde entonces ni la vi
ni me vió.

Lorenzo. Pues yo no estraño...

Clemente. Que no se acuerde de mí.
Pero estoy muy decidido,
y á no ser nuestro negocio
hoy mismo su mano pido;
mas los deberes de socio...

Lorenzo. Y de director.

- Clemente.* Verdad.
- Lorenzo.* Me han dicho, y creerlo no quiero, que intenta la sociedad quitarme de tesorero.
- Clemente.* (Hoy mismo como yo pueda.)
Eso es una picardía.
- Lorenzo.* Solo un recurso me queda que á usted mi afecto confía.
Si el tesorero no es tonto, saca mil duros al mes.
- Clemente.* (Bueno es que me instruya pronto para si lo soy despues.)
- Lorenzo.* Diez socios puedo contar á mi persona devotos.
¿Qué me pudiera costar comprar los restantes votos?
Diré:— Para echar la parva, ahí teneis, limpias y netas, una peseta por barba.
- Clemente.* (Yo les daré dos pesetas.)
- Lorenzo.* Causa rubor, francamente, decir: vote usted por mí.
¿Se encarga usted, don Clemente, de dar el dinero?
- Clemente.* Sí.
(Felices son mis presagios. El hombre es tan majadero que hasta para hacer sufragios me proporciona el dinero.)
- Lorenzo.* ¿Ganaré?
- Clemente.* No se me oculta que tenga un triunfo cabal quien con tal peso consulta la voluntad nacional.
- Lorenzo.* Pues antes de anoche es fuerza que allá nos cuenten, aunque de puro correr los caballos se revienten.
- Clemente.* (Despidiéndose.)
Considera, alma tirana, los ratos aquí prolijos que tiene un amante fijos

sus ojos en tu ventana.
 Yo vendré á verte mañana
 y el ultimatum dirás;
 porque andar de tí detras
 sin hablarnos una vez,
 en tí fuera pesadez
 y en mí fuera mucho mas.
 Desde el dia que te vi
 pensé, querida, en las bodas;
 todas mis potencias, todas,
 se pronunciaron por tí.
 Con un placentero *si*
 tórname el perdido sueño,
 ó mata con un beleño
 á esté que de veras te ama,
 que no es la primera dama
 que da la muerte á su dueño.
 Yo tenia un corazon
 como el puente de Segovia,
 pero al quererte por novia
 tornóse como un piñon.
 No creas que con pasion
 si tú mi zozobra calmas
 traiga otra muger en palmas;
 y harto la razon te esplico
 que en un corazon tan chico
 no pueden caber dos almas.
 ¿Cuándo en amarme convienes?
 Ven á jurármelo, ven;
 yo lo juraré tambien,
 aqui rendido me tienes.
 Corre, si á decirme vienes
 que me sabes adorar;
 pero cuida no asomar
 sin darme noticias buenas:
 ya que no me quites penas,
 no me las vengas á dar.
 Tal vez teniéndome en poco
 me detesta sin razon.
 Es mi dicha una ilusion
 que la miro y no la toco,
 Cuando por ella tan loco,

cuando por ella tan lelo
 puedo decir sin recelo:
 el amor que puse en vos,
 si le hubiera puesto en Dios,
 ya hubiera ganado el cielo.
 Por si la puedo rendir
 mañana vuelvo, mañana:
 no quiero de su ventana
 con tales dudas partir.
 Que pueda de mí decir
 siendo de ella protegido:
 "Castillo, te vi caído
 cuando pasé este lugar;
 ahora que vuelvo á pasar
 te veo fortalecido. (Vanse.)

ESCENA V.

DON FACUNDO, *con un papel, dentro del cual pone dos billetes de la diligencia.*

Ya está el pensamiento en planta,
 presumo saldré con él;
 ellos vuelven de la iglesia:
 ¡á qué buen tiempo llegué!
 Mira, chico, ten dos cuartos.
 (Se retira y vuelve.)

¿Si dará el recado bien?
 No quiero allí presentarme,
 que si la novia me ve
 sé que gasto inútilmente
 pasos, tintero y papel.
 Aquí el novio se dirige:
 ¡qué chico! vale por diez:
 sin duda que dió el recado
 como yo se lo mandé.

ESCENA VI.

DON FACUNDO. DON CIRIACO.

Ciriaco. ¿Quién me llama?

Facundo.

Servidor.

Ciriaco.

Beso á usted la mano.

Facundo.

Bien,

dejémonos de cumplidos.

Ciriaco.

(Estoy echando la hiel.

¿Si será este ciudadano

amante de mi muger?)

Facundo.

¿Qué me quiere usted, amigo?

Soy, para servir á usted,

un alguacil del juzgado.

Ciriaco.

(De quien Dios nos libre, amen.)

Facundo.

Ayer se empezó la causa

y hay presos ya diez y seis

por las pedradas de Oriente.

Ciriaco.

No lo dudo... pero... ¿y qué?

Facundo.

Dicen que tiró usted piedras,

y tambien ha dado el juez

auto de prision.

Ciriaco.

¡Demonio!

Y en qué buen dia Luzbel

me persigue, ¡voto al chápiro!

Diga usted que no tiré.

Facundo.

Dos testigos acreditan

la identidad.

Ciriaco.

¡Hado infiel!

Hombre soy recien marido,

y puede usted conocer

lo que en mí estará pasando

en este instante cruel.

Facundo.

Sígame usted.

Ciriaco.

¿Pero hoy mismo?

Facundo.

Hoy mismo.

Ciriaco.

Por San Andrés,

dájelo para mañana.

Facundo.

Hombre, ¿qué le importa á usted

un dia mas?

Ciriaco.

No es un dia,

es una noche tambien.

Facundo.

Sígame usted.

Ciriaco.

Compasion

y próroga.

Facundo.

No hay de qué.

- Ciriaco.** ¡Oh desgracia! ¡Oh suerte dura!
¡Oh calamidad cruel!
¡Llegar al dintel del cielo
y tenerse que volar!
Me despediré siquiera.
- Facundo.** ¿Despedirse? Estamos bien.
- Ciriaco.** ¿Ni aun despedirme consiente?
- Facundo.** Sígame usted.
- Ciriaco.** Seguiré;
pero enseñe un documento...
- Facundo.** Sí señor, mírele usted.
- Ciriaco.** Fiel es, conozco la firma
de Basualdo; mas par diez
que esta prontitud me aburre.
- Facundo.** ¿Vámonos?
- Ciriaco.** Por San José,
déjeme usted esta noche
y que me maten despues.
- Facundo.** No puedo mas, don Ciriaco,
estoy faltando al deber.
- Ciriaco.** A Dios, prenda de mis ojos; (*A la ventana.*)
á Dios, calle de Porlier.
- Facundo.** (Si ella me ve... tiró el diablo
y se descubrió el pastel.
En mi casa, que está cerca,
por pronto le meteré.)
Hágame usted el favor...
- Ciriaco.** Queda con Dios, dulce bien.
(*Facundo le coge de un brazo y se lo lleva.*)
- Maria.** ¿Adónde vas? (*Desde adentro.*)
- Ciriaco.** A la carcel.
- Maria.** ¿A la carcel?
- Ciriaco.** Venme á ver.
- Maria.** ¿Quién lo dispone?
- Ciriaco.** Basualdo.
- Facundo.** Vamos pronto; me da pie
para que yo... (soy perdido
si nos guipa esta muger.)
- Maria.** ¡Marido del alma mia! (*A la ventana.*)
¡Cuán poco la dicha dura!
¡Tú á la carcel! ¡Oh qué día
de ventura y desventura!



Yo daré cuenta inmediata
 despues de ver á Basualdo,
 al Eco y á la Posdata,
 y al Huracan y al Heraldó.
 Pero... alli va mi pariente,
 y entran en casa ¡oh qué ira!
 de don Facundo: ¡insolente!
 ya veo que esto es mentira.
 Voy allá.

(Sale y se dirige á casa de don Facundo, á tiempo que este vuelve habiendo dejado encerrado á don Ciriaco.)

ESCENA VII.

DOÑA MARÍA. *Despues* DON FACUNDO.

Facundo.

Muger ingrata.

Maria.

¿ Mi marido encarcelado?

Don facundo, es patarata,

que yo veré en el juzgado...

De usted no me da un ardite

mientras que no me presente

documento que acredite...

Facundo.

Bueno, no hay inconveniente.

(La enseña el papel, y ella se le quita juntamente con uno de los billetes de la diligencia.)

Maria.

¿ Y es lo que usted atesora
 como prueba? darle un caldo.

Facundo.

¿ Pues no lo ve usted, señora,

con la firma de Basualdo?

Maria.

Yo lo voy á descubrir:

yo salvaré á mi marido. *(Vase.)*

Facundo.

¡ Ay, que se lo va á decir
 á Basualdo y soy perdido!

ESCENA VIII.

DON FACUNDO. *Despues* DON CIRIACO.

Facundo.

No sé cómo me contengo,

tantó la fiebre me abraza;

¿ qué haré del hombre que tengo

depositado en mi casa?

Dos billetitos reuno
de la diligencia iguales.

No, *peninsulares* uno
y otro de las *generales*.

Uno á regalarle voy
á este hombre de buena gana;
otro á mi amigo le doy,
y yo marcharé mañana.

El momento es oportuno:
corro lo mismo que un potro.
¡Gran Dios! se ha perdido el uno;
pues le daremos el otro.

Bien empleado, si puedo
perder á este hombre de vista.

Voy volando; tengo miedo,
que la otra andará muy lista.

(*Trae á don Ciriaco.*)

Me inspira usted compasion:
váyase, que estoy hecho ascuas.

Se mete en cualquier rincon,
triumfa, vuelve, y santas pascuas.

Ciriaco. Tiene razon, voy volando.

Facundo. Si usted no calcula mal
podiera estarse ganando
con descanso un diaeral.

Ciriaco. No crea que son pamplinas.
¿Dónde voy? ¡pobre de mí!

Facundo. A unas asombrosas minas
que hay cuatro leguas de aqui.

Yo, que no soy cicatero,
mando allá cuanto reuno:

ponga usted todo el dinero,
que le dan ciento por uno.

Ciriaco. ¿Cierto?

Facundo. ¡Cuando yo lo digo!
De aqui se fueron temprano

el tesorero mi amigo
y el director, que es mi hermano.

Yo le hago á usted la merced
del billete.

Ciriaco. Bien estoy.

Ay, hombre, si viera usted
qué reconocido voy.

Facundo. Vamos.

Ciriaco. Antes de marchar,
por si es muy larga la ausencia
quiero á mi esposa abrazar.

Facundo. Que enganchan la diligencia.

Ciriaco. Cuidado que es breve el plazo.

Facundo. Tambien yo la dicha envidio,
pero... ¿y si purga un abrazo
con diez años de presidio?

Ciriaco. Ya lo considero... pero
tengo precision forzosa
de coger algun dinero...
y de abrazar á mi esposa.

(*Se entra en casa, y el otro espera.*)

ESCENA IX.

DON FACUNDO. DOÑA MARÍA.

Facundo. Salga usted breve, por Cristo.
Ella viene: ¡qué trabajo!
Dios mio, si nos ha visto
no hemos armado mal ajo.

Maria. Ya vi sus proyectos viles:
¡tal impostura! ¡qué insulto!
no tardarán alguaciles.

Facundo. ¡Ay triste! ¿dónde me oculto?

Maria. ¿Ya le trajo usted á casa?
con gozo le voy á ver.

Facundo. Yo no sé lo que me pasa.
Señora, ¿qué va usted á hacer?

Maria. A verle, á verle.

Facundo. Es forzoso...
Oiga usted, ¿cómo lo aguanto?

Busque usted ahí á su esposo
mientras que yo le trasplanto. (*Saca la llave.*)

Maria. ¡Fuera capaz, vil artero,
de semejante traicion!
Hombre cobarde, primero
me arrancará el corazon.

Venga esa llave maldita
que tanto pesar me cuesta.

(*Se la quita y se dirige á casa de don Facundo.*)

Facundo. Por Dios, por Dios, señorita.

(Aun me saldrá bien la fiesta.)

ESCENA X.

DON FACUNDO. DON CIRIACO.

Ciriaco. Ha salido mi muger
y yo la quiero abrazar.

Facundo. Amigo, no puede ser,
es imposible esperar.

Ciriaco. Se lo pido de rodillas;
tenga mas condescendencia.

Facundo. ¿Oye usted las campanillas?
ya enganchó la diligencia.

Ciriaco. Me voy con harto dolor.

Facundo. Salgamos ya de bolinas. (*Le da el billete.*)

Ciriaco. No es mal billete.

Facundo. Interior.

¡A las minas!

Ciriaco. ¡A las minas!!

ESCENA XI.

DOÑA MARÍA.

No está allí: se le ha llevado
ese bribon á otra parte.

¡Ciriaco! ¡Ciriaco! ¡Esposo!

No me responde: ¡qué diantre!

Se le ha llevado sin duda;

voy, voy volando á la carcel.

ESCENA XII.

DOÑA MARÍA. DON FACUNDO.

Facundo. ¿Adónde va usted, amiga?

María. A la carcel.

Facundo.

Es en balde.

Si ha emigrado para Francia.

Maria.

Mentira, mentira y grande.

Facundo.

Mire usted la diligencia
que va allá, y en ella sale.

(*Siéntese la diligencia.*)

Maria.

¿Es posible? ¡Ya le veo!
¡Oye! ¡mira! ¡aguarda! ¡bájate!

Facundo.

Al otro oído, señora.
Pues ahora iría á pararse...
la diligencia.

Maria.

¡Dios mio!
¡Dios mio! ¡qué duro trance!

Facundo.

Amiga, ya no hay remedio,
es preciso consolarse.

Maria.

Aparte usted de mi vista,
fantasma vil, intrigante.

Facundo.

Usted ha dado, insensata,
con sus menosprecios margen
á venganza tan horrible.
Esos desdenes fatales
con que usted ha pretendido
de mis pasiones mofarse
son la causa, ingrata bella,
de este proceder infame.
¡Ay! ¡perdon, perdon la pido!
Era mi tedio implacable:
¡perdon! la venganza es crimen;
pero es muy dulce el vengarse.

Maria.

Tambien yo vengarme quiero.
¿Quiso usted que me quedase
sola para perseguirme?
pues ni ese gusto he de darle.
En unas hermosas minas
que hay cuatro leguas cabales
de aqui, tengo yo parientes.
Allá voy á refugiarme.
Pongo el dinero en las minas,
y en dos meses, tal vez antes,
ni Sazon, ni Salamanca
que á millonaria me iguallen.
Mientras tanto mi marido

me escribe, estoy en tal parte.
Mándole yo que se venga,
y viene, y salgo á esperarle
en carretela tirada
por soberbios alazanes.

(*Entra en casa y sale corriendo.*)

Facundo. (Gran Dios, y se va á las minas
y va á hallar al badulaque
del marido: una mentira
primero que ella se marche.)
Señora, si de un amigo
quiere usted aconsejarse...

María. (*Sale con sombrero y un pañuelo de ropa.*)
Si algo tiene que mandar...

Facundo. ¿Se va usted esta misma tarde?

María. Estas cosas en caliente;
justamente al entregarle
al juez aquel documento,
hallé este papel, no en balde.

Facundo. Deme usted.

María. No; dice así:
"diligencias generales."

Facundo. Ese billete era mio.

María. ¿Era de usted?

Facundo. Sí.

María. ¡Qué diantre!
Pues yo se lo mandaré
en llegando.

Facundo. Voto á sanes.

(Yo debo impedir que vaya.)
Mire usted; mucho tiempo hace
que anda plaga de ladrones
por esos caminos reales.

María. No importa.

Facundo. Roban y pegan.

María. No importa.

Facundo. Son tan infames
que luego matan.

María. No importa.

Facundo. Los caminos son fatales;
no hay por ellos diligencia
que no vuelque á cada instante.

Maria

Facundo.

Maria.

Facundo.

No importa.

¡Y erre que erre!

¿A qué estar dale que dale?

Ya la diligencia suena;

mal amigo, Dios le guarde. *(Vase.)*

Oiga usted... No me ha servido

al buen marido ausentarle.

Y es lo mas triste de todo

que me amenaza una carcel.

No; mas triste es todavía

que me abandone y se marche.

Dije mal: es lo mas triste

que los dos van á encontrarse.

Miento, lo triste, tristísimo

es... que yo les pago el viaje.

(Se oye la diligencia al caer el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

DON CLEMENTE.

Fuera una voz. ¡Oh!! ¡Zagala!! ¡Rayo en tí!!

Clemente. Hombre, apruebo la ocurrencia;
párase la diligencia,
baja un hombre y viene aquí.
Sin seso, sin raciocinio
vendrá á traer las propinas
á los farsantes de minas,
en fin, á este latrocinio.
Cuánto pícaro bribon
esplotamos esta treta.
Y cate usted ya la *veta*...
y dale con el *filon*...
Y *gangas* y *mojigangas*,
y es verosímil el lance,
porque esto es en buen romance
andar á caza de *gangas*.
Este pagará á buen precio
nuestra amistad: yo me obligo.
Soy un sabio si consigo
pegársela á tanto necio.
Talega sobre talega
haré un caudal sin segundo.
¡Qué demonio! en este mundo
no luce quien no la pega.
Si esto logro con ardid
¿qué podrá negar á un Creso

la hermosa que tiene preso
mi corazón en Madrid?

ESCENA II.

DON CLEMENTE. DON CIRIACO.

- Clemente.* Hola, ya está aquí; sencillo
hará de su bolsa alarde.
- Ciriaco.* Dios guarde á usted.
- Clemente.* (Sí, Dios guarde
tus cuartos en mi bolsillo.)
- Ciriaco.* Escusado es preguntar...
Usted será, se colige...
- Clemente.* Sí señor, el que dirige
las minas de este lugar.
- Ciriaco.* Mucho su talento elogia
por Madrid la gente ducha.
Dicen que sabe usted mucha
mi-ne-ra...
- Clemente.* Mineralogía.
- Ciriaco.* Conocí un tal Covarrubias
que hasta en latin la explicaba,
y con ella calculaba
los eclipses y las lluvias.
- Clemente.* Con la...
- Ciriaco.* Sí, mineralogía.
Era un poeta estupendo.
- Clemente.* (Grande me vas pareciendo,
profesor de brutología.)
- Ciriaco.* Dracmas, dejó mas de doce.
- Clemente.* ¿Dracmas?
- Ciriaco.* Dracmas: ¿qué pesado!
- Clemente.* ¿Y usted qué ciencia ha estudiado?
- Ciriaco.* Ninguna.
- Clemente.* Ya se conoce.
- Ciriaco.* No porque este traje vea
me haga gestos tan estraños,
que he sido oficial cuatro años
del ramo de Cuatropea.
Y no sufro vilipendios
con razón ó sin razón,

porque tengo mi opinion
asegurada de incendios,
ni es entretener el ocio
el venir acá tan listo.

Clemente. Usted quiere por lo visto...

Ciriaco. Sí señor, quiero ser socio.

Clemente. Por vida del mundo entero
que bien sus fueros barrunta.
Ahora mismo estan en junta
para nombrar tesorero.
El derecho electoral...

Ciriaco. Sí, para ejercerle trote;
mas diga usted, ¿ por quién voto ?

Clemente. Hombre, yo soy imparcial.
Que lo crea usted que no,
si he de hablar ingenuamente,
la persona mas decente
de la sociedad soy yo.

Ciriaco. Honrado.

Clemente. A carta cabal.

Ciriaco. Activo.

Clemente. Como la hormiga.

Ciriaco. Pues basta que usted lo diga.

Clemente. Ya ve usted, soy imparcial.

Ciriaco. Antes le diré quién soy.

Soy... le juzgo á usted discreto.

Soy... ¿ me guardará el secreto ?

Soy... ¡ chiss...! (*Con misterio.*)

Clemente. ¿ Quién ?

Ciriaco. Soy... ¡ chiss! (*Idem.*)

Clemente. Ya estoy,
tonto.

Ciriaco. ¡ Sin ningun delito!

Soy... soy un hombre de bien.

Clemente. (Maldito seas amen.)

Ciriaco. ¡ Soy un proscrito!!

Clemente. ¿ Un proscrito?

Ciriaco. Yo no sé lo que me pasa.

Clemente. No se tiene que apurar,
aqui puede usted hablar
como si fuera en su casa.

Ciriaco. No obstante corro peligro.

- Vengo á ver si de los poros
de estos inmensos tesoros
saco dinero y emigro.
- Clemente.* Ambos por igual resorte
lo buscamos, cosa estraña ;
usted para irse de España,
y yo para ir á la corte.
; Ay si la puedo vencer !
no envidio su gloria al Cid...
; Ay Madrid, Madrid, Madrid !
; Ay calle la de Porlier !!
- Ciriaco.* ¿ De Porlier ha dicho ? (Un tajo
me ha dado en el corazon.)
- Clemente.* Entre la esquina y rincon,
casa nueva, cuarto bajo.
- Ciriaco.* (; Ay que hombre de Lucifer !)
- Clemente.* Graciosa, cuerpo bonito.
- Ciriaco.* (No hay duda, quiere el maldito
calzarse con mi muger.)
- Clemente.* Mas ; qué temblor !
- Ciriaco.* ; Madre mia !
Con permiso... yo me voy.
- Clemente.* (; Si creerá este hombre que soy
agente de policia ?)
¿ Quiere usted que se le esconda ?
- Ciriaco.* No... ¿ usted va á Madrid ?
- Clemente.* Mañana.
- Ciriaco.* ¿ Mañana ? ¡ Santa Susana ! !
- Clemente.* Mire usted. (*Le enseña un papel.*)
- Ciriaco.* Sí, de rotonda.
Ya en la berlina me cuento.
- Clemente.* Si usted la hallará, no sé.
- Ciriaco.* En interior.
- Clemente.* No hay asiento.
- Ciriaco.* Cupé.
- Clemente.* Menos.
- Ciriaco.* Pues á pie.
; Ay !
- Clemente.* ; Qué sustos ! ; qué suspiros !
- Ciriaco.* Aqui estoy mal.
- Clemente.* ¿ Cómo es eso ?
¿ Y si allá le ponen preso ?

- Ciriaco.* Aunque me den cuatro tiros.
Clemente. (Cree que le tiendo una red.)
 ¿Es porque voy yo el estrago?
Ciriaco. Cá, no señor, antes lo hago
 por acompañar á usted.
 Tal vez cumpló mi condena:
 de todas suertes me inmolo.
 Al ver yo que iba usted solo
 me moriría de pena.
Clemente. Yo agradezco tanto afán,
 y no esperé... francamente,
 un cariño tan ardiente.
Ciriaco. Estoy hecho un alquitran.
 Una diligencia pasa,
 si hay vacante...
Clemente. Pero amigo...
Ciriaco. Vuelvo á Madrid, ya lo digo;
 cada mochuelo en su casa. (*Vase.*)

ESCENA III.

DON CLEMENTE.

Pues no está malo el telar
 que el buen proscrito se forja.
 ¿Qué proscrito ni qué alforja?
 Este es un loco de atar.
 A la diligencia salgo;
 mas no, no la alcanza el otro
 aunque trote como un potro
 y aun que corra como un galgo.
 El volverá por aquí,
 vendrá con su plata ó cobre
 á las minas, aunque el pobre
 tiene sospechas de mí.
 Yo me prometo lograr,
 tengo segura esperanza,
 que haga de mí confianza,
 sin dejar de recelar.
 Le tendré con este ardid
 á mi capricho obediente,
 diciendo si él no es prudente:
 ¡chiss!!! ¡que me voy á Madrid!!!

ESCENA IV.

DON CLEMENTE. DOÑA CONCHA.

- Concha.* Válgame Dios, don Clemente.
Clemente. ¡Doña Concha, usted llorar!!
 ¿Qué sucede? ¿Se la ha muerto
 algún amigo quizá,
 algún pariente, sus padres?
- Concha.* ¡Ay! ¡si eso fuera no mas!!
Clemente. ¿Qué ocurre?
Concha. Que mi marido
 de celos me hace rabiarse.
Clemente. ¿Quién los da y quién los recibe?
 quiero saber la verdad.
Concha. Yo los doy y los recibo,
 y él los recibe y los da.
Clemente. Es decir que él está loco
 y usted no se queda atrás.
Concha. ¿Usted no sintió la herida
 de los amores, verdad?
Clemente. ¿Por qué?
Concha. Porque amor y celos
 todo es uno.
Clemente. ¡Voto á san!
 con que los celos crueles
 son prueba de amor.
Concha. Sí tal.
Clemente. ¡Ah! ya creo que en mi pecho
 ejercen su autoridad.
Concha. Si ama usted, es bien seguro
 que el sueño le han de quitar.
Clemente. Cierto, que hoy me falta el sueño;
 pero tambien es verdad
 que me levanté á las once,
 que trabajo poco y mal,
 y que he pasado cinco horas
 de siesta á todo roncar.
Concha. Un hormigueo en su cuerpo
 sentiria usted colosal.
Clemente. ¿Hormigueo? ¡picazon

siento en las espaldas ya!
y si apuran estos celos
voy á tener que rascar.

Concha. ¡Ay! yo me muero de angustia.

Clemente. ¿Tambien es signo?

Concha. Cabal.

Clemente. ¡Ay! ¡ay! la angustia tambien
acometiéndome va.

Concha. ¿Pero usted tiene motivo
justo para sospechar?

Clemente. ¿Y usted?

Concha. Sí, que es mi marido
por las mugeres voraz.

¡Mal haya la que se casa
para esta vida infernal!

Clemente. ¿Pero usted no ha sido viuda?

Concha. Sí señor, tres veces ya.

Clemente. ¿Qué edad tiene usted?

Concha. Veinte años.

Clemente. Por vida de Barrabás
que eso ya pasa de vicio
cuando la prueba tan mal.

Concha. ¿Es vicio que el corazon
se sienta volcanizar?

Eso cuando mas, supone
mucha sensibilidad.

¿Qué quiere usted? Una dice
no me volveré á casar.

Pero se presenta un hombre
implorando caridad,
jura que á muerte ó á vida
presenta su memorial.

Como una es nerviosa, y luego
la asusta la soledad...

En fin, no corresponder
á tan solícito afan
fuera mostrar, siendo tierno,
corazon de pedernal.

Clemente. ¿Con que es decir que usted tuvo
la espantosa necedad
de casarse cuatro veces
por...

Concha. Misericordia.

Clemente. Ya.

Concha. ¿Y si el cuarto va á la tumba?
Duro es el yugo nupcial;
pero soy tan compasiva
que me volveré á casar.

¿Y usted, de quién tiene celos,
y á quién amor?

Clemente. De pé á pá
si supiera lo diria,
mas no lo sé.

Concha. ¡San Damian!

Clemente. ¡Y San Cosme!

Concha. Enamorado
de algun fantasma ideal.

Clemente. ¿Cómo fantasma? Al lucero
se la puede comparar.

Concha. ¿Y dónde vive?

Clemente. En Madrid.

Siento pasos...

Concha. Venga acá,
cuéntemelo por si puede
mi esperencia aprovechar.

(*Entran al corredor de la derecha.*)

ESCENA V.

DON LORENZO. *Despues* DOÑA MARÍA:

Lorenzo. (*Saliendo de la izquierda.*)

Por vida del otro Dios,

mi muger con un galan,

con el director. Estoy

que me llevá Satanás.

Despues que me ha relevado

la minera sociedad

del cargo de tesorero

para darlo á ese truan,

¿quiere llevarse el tesoro

de mi muger ademas?

No, pues no he de darles tiempo
si me la quieren pegar.

(Va hácia la derecha á tiempo que entra doña Maria y le detiene.)

- Maria.** ¡Caballero! ¡caballero!
¿Es usted...
- Lorenzo.** Lorenzo Sanz,
de la sociedad minera
un miembro muy principal.
- Maria.** ¡Ay! ¡qué trabajo! ¡qué pena!
Yo que venia á parar
á casa de unos parientes
y se han marchado á Alcalá.
¿Diga usted, dónde me alojo?
- Lorenzo.** Aqui mismo.
- Maria.** Esto es quizás
alguna posada.
- Lorenzo.** Y grande,
lo mismo que un hospital.
- Maria.** El caso es...
- Lorenzo.** Yo estoy de prisa.
- Maria.** Que traigo una cantidad
y quiero ponerla en fondo;
no me queda un cuarto mas.
- Lorenzo.** Bien; ya no soy tesóroero,
pero tengo que entregar
el dinero, y de camino
daremos su capital.
- Maria.** Oiga usted mas.
- Lorenzo.** Vuelvo luego.
- Maria.** Diga usted, ¿qué acciones hay?
- Lorenzo.** (En la accion de Bateria
te quisiera yo encontrar.)
Soy con usted.
- Maria.** ¿Y estas minas
dan oro?
- Lorenzo.** Por caridad.
- Maria.** ¿Se ha descubiertõ la veta?
- Lorenzo.** (Y un filon como el Canal;
pero quiere usted dejarme.)
¿Qué prisa! venga usted acá.
- Maria.** ¿Qué prisa! venga usted acá.
- Lorenzo.** Se lo pido de rodillas.
- Maria.** ¿El qué?
- Lorenzo.** Que me deje en paz.

DICHOS. DON CLEMENTE. DOÑA CONCHA.

- Concha.* ¡Y que una no tenga celos!
¡Mírele usted cómo está!
- Lorenzo.* Bueno va, dame cordel,
cuando te quisiera ahorcar,
¡Me vende usted, don Clemente!!!
¡Me quita muger y pan!
- Concha.* ¿Qué estás diciendo, insensato?
- Clemente.* ¿Hay hombre mas incapaz?
- Concha.* ¿Y quién es esta señora
que tanto me hace penar?
- Clemente.* (Y que tiene con mi amada
semejanza original.)
- Concha.* ¿Es la que ayer en paseo
nos persiguió tan tenaz?
- Clemente.* (¿Si será...?)
- Maria.* ¡Qué laberinto!
- Concha.* ¿Es la que meses atrás...?
- Maria.* ¡Qué meses ni qué ocho cuartos,
si yo acabo de llegar!
- Clemente.* (¿De llegar acaba? Es ella;
viene á buscarme.)
- Concha.* ¿Es quizá
la que en tus sueños traidores
turba mi felicidad?
- Lorenzo.* La traicion de los que sueñan
no te amedrente jamas.
Teme la de los despiertos.
- Concha.* Calla, que te he de arañar.
- Lorenzo.* Por eso me voy de aqui.
- Concha.* Pero yo me voy detras.
(*Vanse por la izquierda.*)
- Maria.* ¡Por mí tan fiera trifulca!!
Corro á ponerlos en paz. (*Vase.*)
- Clemente.* (*A Maria, que se va detras.*)
Señorita, escuche usted.
¡Oiga usted! ¡Eh!! — Pues se va.

ESCENA VII.

DON CLEMENTE.

No, no me engaña el deseo,
 es su voz angelical,
 es su cara, que ha sufrido
 alteracion singular,
 pero aun la llama conserva
 que hizo mi pecho un volcan.
 No me engaño, es ella misma.
 ¡Qué rara casualidad!
 ¡Yo lograrla! ¡Si pudiera
 tanta ventura alcanzar!
 Si yo viera una esperanza
 salir de sus labios, ¡ay!
 ¿qué mas gloria para el alma?
 para el corazon ¿qué mas?

ESCENA VIII.

DON CLEMENTE. DON CIRIACO.

Ciriaco.

Ya se agotó mi paciencia.
 Trotar, trotar y trotar
 sin poderme aproximar
 á la fatal diligencia.

Clemente.

¿Sabe usted lo que le digo?
 Pues ya á Madrid no me voy,
 que mi billete le doy,
 y con él prueba de amigo.

Ciriaco.

(Este hombre me vuelve loco.
 ¡Ay!! Respiro.) Bien está.
 ¿Con qué usted ya no se va?

Clemente.

No señor.

Ciriaco.

Pues yo tampoco.
 (¡Ay!!! ¡Respiro!!)

Clemente.

No deliro
 por Madrid, antes me empacha.
 Luego... está aqui la muchacha
 que me enamora...

Ciriaco.

(¡Ay!! ¡Respiro!!)

¿Y es hermosa?

Clemente.

Toma, no.

Blanca como una pared.

Ciriaco.

Pues amigo, tiene usted

el mismo gusto que yo.

Clemente.

Facciones llanas y lisas,

ojos vivos, negro el pelo,

y una sonrisa del cielo,

el tipo de las sonrisas.

Redonda como una O

me hizo caer en la red.

Ciriaco.

Pues amigo, tiene usted

el mismo gusto que yo.

Bien que á ser franco dijera

la verdad: me he figurado

su gusto mas dilatado,

se prenderá de cualquiera.

A usted le parecen bien

las gorditas.

Clemente.

Y las flacas,

y las altas como estacas,

y las pequeñas tambien.

Las casadas son muy crudas,

pero me encantan de veras;

las solteras por solteras,

las viudas porque son viudas.

En fin, tan poco reparo,

que suelo embestir furioso

á las bellas por lo hermoso

y á las feas por lo raro.

Ciriaco.

¿Con que habiendo faldas..

Clemente.

¡Oh!!

ya gimo por su merced.

Ciriaco.

Pues amigo, tiene usted

el mismo gusto que yo.

Clemente.

Mas esta me tiene en vilo,

y es bien que mi amor la fuerza

por voluntad ó por fuerza

para quedarme tranquilo.

Ciriaco.

Y yo sus intentos chuscos

prometo apoyar con arte,

(antes que vaya á otra parte

con esos ataques bruscos.)

Mi talento no penetra,

mas ya verá usted qué carta

tan eficaz se la ensarta,

todo de mi puño y letra. (*Escribe.*)

Clemente. Haga efecto, y es igual.

(No es posible que me pete,

mas veremos qué billete

pone tan original.)

Ciriaco. (Bien, vuelvo por mi muger;

lo merece, que es discreta,

y estará haciendo calceta

para ganar de comer.)

Borro esta frase, que es lúbrica,

no le crea un galopin.

Que besa sus pies... en fin,

nada de firma. — Una rúbrica. (*La hace.*)

¡Ya está!

Clemente. ¡Voto á Belcebú! (*Leyendo.*)

¿La llamo de tú tan pronto?

Ciriaco. ¡Jesus qué sabio mas tanto!

¿Entre amantes tú por tú!

Clemente. ¿Cómo entregar sin rubor

un papel digno de tachas?

Ciriaco. Las cartas para muchachas,

cuanto mas malas mejor.

Clemente. ¿Qué palabrotas! si estan

prendidas con alfileres.

Ciriaco. Santo varon, las mugeres

¿qué saben lo que las dan?

Clemente. ¿Quién tal frio le inspiró?

Ciriaco. Asi apagará su sed.

Clemente. Amigo, no tiene usted

el mismo gusto que yo.

Ciriaco. Entréguela usted sin pena;

yo pienso dar un pasco

por las minas: bien deseo

dar á usted la enhorabuena.

¿Dónde está la mejor mina?

Clemente. Vea usted, la *Trinitaria*,

la *Concha*, la *Solitaria*,

la *Perla*, la *Peregrina*.

¿La Concha? cá, es desatino
lo que da, mas que la Perla.

Ciriaco. ¿La Concha? Pues quiero verla.

Clemente. Voy á enseñarle el camino.

Ciriaco. No haya que ponerse triste.

Clemente. Ella vendrá, y me interesa...

Ciriaco. Deje usted sobre la mesa
ese billete y no chiste. (*Le deja en la mesa.*)

Ciriaco. (Bien defendiendo á mi muger;
mas bien merece la treta,
que estará haciendo calceta
para ganar de comer.) (*Salen.*)

ESCENA IX.

DOÑA MARÍA. *Luego* DON CLEMENTE.

Maria. Este dicen que es mi cuarto;
pongamos mi ropa aqui;
y aqui he de estar mientras viene
mi marido de París.
;Pobre infeliz! engañado
por un enemigo vil;
allá estuviera buen tiempo
sino resuelvo acudir
al juez. Gracias á la Virgen
que el embuste descubrí.
Quiero ver en estos meses
que ha de tardar en venir,
si soy millonaria al lado
de esta gente baladí.
;Oh! qué gente tan celosa:
debe estar siempre de esplin.
Mas conmigo no va nada,
ya mi dinero les dí
y cobraré las ganancias
cuando toquen á partir.
;Hola! ¿qué es eso? Un billete;
no debe ser para mí;
no quiero verle: ¿qué bueno
es el papel! lo he de abrir.
Pero no, no debo verle,

no sea algun malandrin
que me sitie sin ser plaza
ni castillo de Monjuich.

¿A ver qué tal es la letra?

¿Si será de buen perfil?

¡Es letra de mi marido!

¡Qué dicha! le encuentro al fin.

Ha querido sorprenderme:
vamos á ver, dice asi: (Lee.)

Imagen digna de inmortal monólogo:
bien mi amor barruntaras terrorífico
á haberte dado el Hacedor, magnífico
olfato de lebrél, vista de astrólogo.

Es tu semblante al de Raquel homólogo,
severo aspecto y á la par pacífico;
en fin, eres de amor dulce específico.
Vamos al grano ya, basta de prólogo.

Consultar con la almobada es cosa lícita;
decídase tu corazón magnánimo,
y en otra carta, cual la mia explícita,
dime si estás de bueno ó de mal ánimo.
Dame la vida ó muerte en el opúsculo;
no quiero media luz, odio el crepúsculo.

(Representa.)

¡Qué misterioso billete!

Vamos, se quiere reir:

¿si tendrá desconfianza

de aquel otro galopin,

cuando debe estar seguro

que le amo con frenesí?

Clemente. (Entra de puntillas.)

¿Qué me ama dice? ¡Oh fortuna!

Maria. Por él supiera morir:

¿qué me importa, si me quiere,

que me ronden cinco mil?

Clemente. ¡Caramba, si me es constante!

Maria. Tambien le voy á escribir.

(Escribe y va leyendo alto.)

No he de pasar la plaza de ridícula

porque te hable con giros de un retórico;
tú eres, va de lenguaje metafórico,
único candidato en mi matrícula.

Mi pecho desde el fondo á la clavícula
derritiéndose va con el calórico,
que si es tu corazón misto losfórico,
el mio es todo el año una cáncula.

Y pues es mi ilusión tu imagen única,
y mi pasión no raya en lo platónica,
hasta que vista la tremenda túnica
esta daré, contestación lacónica:
tuya es mi libertad, con grillos págala,
y al que lo lleve á mal, cántale el trágala.

(Representa.)

¿Dónde estás, amado mio?

Corre á mis brazos feliz.

Clemente. (Sale por detras.)

Dame tus brazos, hermosa;

dámelos, celeste Hourfi.

Maria.

¿Cielos!

Clemente. Yo cantaré el trágala

al que intente zarramplin

fatigarme. Vengan hoy

rivales, sabré decir:

(Canta.) trágala, trágala, trágala.

Maria. Este hombre está loco, sí.

Clemente. Trágala, trágala, trágala.

Maria. ¿Quiere usted un violin?

Clemente. Trágala, trágala, trágala.

Maria. ¡Ahí es un grano de anís!

Clemente. Trágala, trágala, trágala.

Maria. ¿Qué busca usted por qui?

Clemente. ¿Pues no me ha dicho su pluma

que quiere hacerme feliz?

Venga á mis brazos.

Maria. ¡Socorro!

¿Es un embustero ardid!

Clemente. ¿No me abraza?

Maria. ¿Está usted loco?

Clemente. ¿Pues no escribe usted que sí?

Maria. ¿Este billete es de usted?

- Clemente.* Sí señora.
- Maria.* ; Por San Gil,
que la letra me engañó! (*Rompe el papel.*)
- Clemente.* (*Coge un pedazo de lo roto, lo besa y lo guarda.*)
; Lo rompe! ; Triste de mí!
- Maria.* (*Mi marido, sabe Dios*
si ya se hallará en Pequin.)
Yo no vine por amantes;
solo al volver á Madrid
quiero llevar de estas minas
mas oro que hay en Brasil.
- Clemente.* Pues de mí depende todo;
soy director, y...
- Maria.* ; Infeliz!
Le pido perdon si he sido
tosca como un jabalí.
- Clemente.* ¿ Perdon? de creerlo no acabo:
¿ perdon? Incauta doncella,
su estraña salida alabo.
¿ Cuándo la sultana bella
pidió perdon á su esclavo?
Mas suben, dulce embeleso,
mis ansias con tus agravios:
que han de ser á pesar de eso
tu labios para mis labios,
como las uvas y el queso.
Sé que eres pobre, alma mia;
mas te adoro, ya lo ves.
No podrán decir un dia
que mas pudo el interes...
que el amor que te tenia.
El corazon que te di
va á San Agustin dejando
á muchas leguas de mí,
gotas de sangre llorando
cuando me acuerdo de tí.
Si yo millones escarbo
por esas inmediaciones,
tuyos serán los millones,
porque una bella con garbo
no es pagada con doblones.
Ya no es tu semblante esquivo,

pero aun dudo y dudaré
si otras pruebas no recibo;

que muchos en el estribo
se suelen quedar de á pie.

Maria. (Soy casada; y si lo digo,
me quedo sin proteccion.)

Yo no puedo amar, amigo.
Clemente. Bien está, yo no la obligo,
si es bronce su corazon.

Maria. ¿Vendrá usted con amenazas?

Clemente. Señora, no hay tales trazas;
aunque decirla es muy justo,
que quien me da calabazas
no me dá plato de gusto.

Esta noche quiero hablar
con usted.

Maria. Yo lo deseé;
mientras voy á descansar.

(*Entra en su cuarto.*)

Clemente. Y yo me voy á buscar
al otro que está en paséo. (*Vase.*)

ESCENA X.

DON LORENZO. (*Saca luz y un cajon.*)

Dejarme sin el destino
de tesorero interino...

¿cabe proceder mas negro?

Es tan grande el desatino,
que casi casi me alegro.

¡Mire usted que es mucha gente!
mas ha pecado á mi ver

esta vez por inocente;
quien me faltó á su deber

es el tuno don Clemente.
La caja es mia, y la quiero

por tan segura y tan maja.
Ya que el nuêvo tesorero

se ha de llevar el dinero,
no ha de llevarse la caja.

(*Saca el dinero y mete piedras, dejando la caja sobre
la mesa.*)

Pocos son los capitales ;
 esta sociedad no medra :
 tengo en estos minerales
 gangas de todos metales ,
 y hasta de carbon de piedra .
 No son bocados menudos ;
 pero aunque grandes y crudos ,
 caja mia , bien te enfangas .
 ;Cómo ha de ser ! no hay escudos ,
 te atracaremos de gangas .

(*Cierra y guarda la llave.*)

;Cuál pesa ! ;Quién va á poder
 sin una ayuda moverte ?

ESCENA XI.

DICHO. DON CIRIACO, *hablando con DON CLEMENTE.*

Ciriaco. El que me quiso prender
 dice que me ha de perder ,
 y me desafia á muerte .
 Yo he corrido como un gamo ,
 y hablé como cien cotorras .
 ;Ay ! ;Si perderé lo que amo ?
 Siglo , con razon te llamo
 el siglo de las camorras .

Lorenzo. Escuche usted , don Clemente ;
 tenemos que hablar los dos
 á solas .

Clemente. Por mí corriente .

Ciriaco. La señal es evidente ;
 otro duelo , vive Dios .

Lorenzo. Usted me quitó el empleo .

Clemente. Yo remé como un piloto .

Lorenzo. Por desbancarme , lo creo .

Clemente. ;No salió con su desco ?

Lorenzo. No he tenido mas que un voto .

Clemente. Fué el mio .

Lorenzo. ;Qué desvarío !
 lo mismo me han dicho todos .
Clemente. (Ni asistí ; mas pecho al río ;)
 los demas estan beodos ;

- el voto de usted fué el mio.
Lorenzo. ;Si no conociera yo que miente el muy baladí!
 ;Y el mio, dónde quedó?
Clemente. ;Cómo! ;Usted tambien votó?
Lorenzo. Sí señor; volé por mí.
Clemente. Esta es noche de tormentas.
Ciriaco. Le doy por dicha tan alta enhorabuena, doscientas.
Lorenzo. En esta noche sin falta rendiremos muchas cuentas.
Ciriaco. Ya lo demas es corriente.
 Es usted un Czar de Moscovia.
 ;Oh! como yo se lo cuente á la novia, don Clemente, no se queda usted sin novia.
Lorenzo. Recordaré los papeles que le tengo que entregar.
 (*Se recuesta en la mesa.*)
Ciriaco. ;Con que es bella?
Clemente. No hay pinceles para mí bastante fieles que la puedan bosquejar.
 Pero me rompió...
Ciriaco. ;Qué apuro!
Clemente. El papel. (*Saca el papel roto y se lo da.*)
Ciriaco. Voto al infierno.
 ;Esto es de ella?
Clemente. Se lo juro.
Ciriaco. Pues la letra ;Dios eterno! no es de ella.
Clemente. Estoy muy seguro.
Ciriaco. La que escribió este papel jurara que solo es fiel á mi amante corazon.
Clemente. Ese es un ultrage, y de él me dará satisfaccion.
Ciriaco. ;Gran Dios! ;otro desafio!
 ;Qué temores tan fatales!
 No lo quiera el hado impío:
 bah, de mi sandez me río,
 hay muchos diablos ignales.

La riña que principió
es forzoso que concluya.

El demonio me cegó.

No: si esta jota no es suya,
ni la *cine* ni la *o*.

He perdido la chabeta,
cuando por ruin parecer

sospecho de mi muger,

que estará haciendo calceta
para ganar de comer.

La estaba culpando ingrato.

Clemente. Con que, ¿emprendemos la lid?

Si venzo voy á Madrid.

Ciriaco. ¿A Madrid? No, no me bato;

le tengo á usted por un Cid.

No mas discordias; de minas
quiero hablar; no mas discordias!

Y si no fuera tan tarde

iba otra vez...

Clemente. Pues no importa;

pegadas hay á la tapia

dos ó tres; desde la alcoba,

digo, desde la ventana

las puede ver si se asoma.

Ciriaco. ¿Sí?

La Concha da allí cerca.

Ciriaco. Pues corro por ver la Concha.

(*Vase por el callejon.*)

Lorenzo. ¿A la Concha? ¿á mi muger?

¿Qué vida tan azarosa! (*Vase detras.*)

ESCENA XII

DON CLEMENTE, y despues los que se dirán.

¿Albricias! soy tesorero:

bien puedo atestar la bolsa,

ya que por onzas de tierra

me traen verdaderas onzas.

No obstante ya van cayendo

del burro muchas personas,

y temo que las arañas

vamos á quedar sin mosca.
 Tengo por mia esta caja.
 ¡Oh tentacion espantosa!
 ¡Yo que la virtud encomio!
 La virtud es una sombra
 que á la luz de la ambicion
 desaparece. Me abona
 la soledad: no vacilo,
 ni dudo en dejar la novia;
 que en llevando yo razones
 de tanto peso en la bolsa
 no habrá muchachas capaces
 de resistir á mi lógica,
 ni en Gibraltar, ni en Turquía,
 ni en Burdeos, ni en Lisboa.

(Toma la caja, oye ruido y la vuelve á dejar.)

¡Por vida de los demonios!
 ¡Maldita cita amorosa!
 Caballero...

Maria.

Clemente.

¡Amiga mia!

(¡En qué ocasion me incomoda!)

Maria.

Clemente.

¿Usted tenia que hablarme?

Maria.

Clemente.

¿Cómo no?

No señora:

he mudado de opinion.

Maria.

¡Pobre opinion! Está en boga

mudarse las opiniones

como quien muda de ropa.

Clemente.

(Si no se marcha yo hilbano

una mentira horrorosa.)

Duerma usted un poco mas.

Aqui vendrá otra persona

á hacer mis veces.

Maria.

Acepto,

y espero aqui. (*Se sienta.*)

Clemente.

¡Dios! ¡qué droga!

Pues el remedio es peor

que la enfermedad dichosa.

No espere usted, no vendrá.

Maria.

¿Que no vendrá? ¡cuánta embrolla!

Clemente.

Bien... vendrá... (Nueva mentira.)

Pero usted casi me consta
que enfermará del pulmon...

Maria. ¿Y á qué viene tanta andrómida?

Clemente. Él es sordo como un leño,
y antes que los gritos oiga,
habrá dado esa garganta
mas clamores que una trompa.

Maria. No importa.

Clemente.

(Voto al demonio:

¿ pues no dice que no importa?)

Bien está, le avisaré;

quédese entre tanto sola.

Maria. ¿Y vendrá?

Clemente. Sí.

Maria. ¿Vendrá pronto?

Clemente. Sí.

Maria. ¿Llamará?

Clemente. Sí; ¿qué posará?

Maria. ¿Y espero á que llame?

Clemente. Sí.

Maria. Pues abur. (*Entra en su cuarto.*)

Clemente. A Dios, hermosa.

La ocasion la pintan calva,

y la presente es pelona.

(*Toma la caja, oye ruido y la vuelve á dejar.*)

Concha. (*Sale del callejon de la derecha.*)

Voy á preparar la cena.

Don Clemente, soy celosa,

no lo puedo remediar.

Clemente. (¿Y qué querrá esta pandorga?)

Concha. Él queda allí...

Clemente. Bien.

Concha. Si sale...

Clemente. Bien.

Concha. ¿Lo hará?

Clemente. Bien.

Concha. Punto en boca.

Clemente. Bien.

Concha. Va usted avisarme...

Clemente. Bien.

Concha. Confío. (*Vase por la izquierda.*)

Clemente. Bien me encocoran!

- Vamos á ver, caja mia,
si dejamos esta choza.
(*Coge la caja, siente ruido y la vuelve á dejar.*)
¿Otro diablo?
- Lorenzo.** Don Clemente,
¿ha visto usted á mi esposa?
- Clemente.** Sí.
- Lorenzo.** ¿Fué por adentro?
- Clemente.** Sí:
(*se conjuraron en forma.*)
- Lorenzo.** ¿Fué con alguien?
- Clemente.** Sí: (asi es facil
que se largue.)
- Lorenzo.** A la persona
que encuentre con ella, juro
que la he de romper las corvas.
(*Vase por la izquierda.*)
- Clemente.** A ver, caja, si podemos
librarnos de esta liorna.
(*La vuelve á coger y á dejar.*)
- Ciriaco.** (*Sale de la derecha.*)
¿Cómo vamos de muchacha?
- Clemente.** ¿Qué muchacha ni qué alforja?
- Ciriaco.** ¿Qué, ya no le gusta?
- Clemente.** No.
- Ciriaco.** (*¡Ay, Virgen de Covadonga!
¿Qué será de mi muger!*)
- Clemente.** No me quiere, y no me importa.
- Ciriaco.** ¿No le quiere? yo me encargo
de convencerla.
- Clemente.** Me enoja.
- Ciriaco.** Ruegos, súplicas.
- Clemente.** No quiero.
- Ciriaco.** La diré doscientas cosas.
- Clemente.** Valia usted un imperio
si no estuviera tan posma.
¿Quiere usted dejarme solo,
ó á Madrid me marchó ahora?
- Ciriaco.** ¿A Madrid? ¡ah! no señor,
me voy de aqui por la posta.
- Clemente.** Venga luego.
- Ciriaco.** Y que me cuelguen

si usted se queda sin novia.

Clemente. (Cuánto diera yo por verte pendiente de una maroma.)

Ciriaco. Vuelvo corriendo, corriendo,
(*Se retira al corredor de la derecha.*)
y en hablando ¡aquí fué Troya!

Clemente. Corriente: (vaya un capricho: á él le diré que ella es sorda, ya que ella le juzga sordo; me divertiré á su costa.) (*Le llama por señas.*) Es mas sorda que un madero: (*Con misterio.*) dé usted voces espantosas, ó no le oye una palabra.

Ciriaco. Tengo yo un pulmon que asombra; verá usted de un solo grito cómo el barrio se alborota.

Clemente. (*Tapándole el resuello.*)
¿Qué hace usted, hombre ó demonio?
¡Maldita sea su boca!
Si usted me aburre, me marchó á Madrid.

Ciriaco. ¡Virgen de Atocha!
(*Vase corriendo otra vez.*)

obedezco: aquí estaré hasta que me quede á solas.

Clemente. Ya se fué, ya es mio el campo. Creo que la luz me estorba para el intento, la apago, y sin sentirme una mosca me pongo en salvo y me libro de esta infernal batahola.

(*Apaga la luz y toma la caja, fingiendo que le cuesta mucho trabajo el moverla.*)

ESCENA XIII.

DON CLEMENTE. DON CIRIACO. DOÑA MARÍA.

Ciriaco. Se fué con la luz; yo á tientas puedo llegar á la estancia.

Clemente. ¡Ay Dios! no puedo con ella; ¡qué peso tiene esta caja!

- Ciriaco.** (*A la puerta, muy alto.*)
¡Señorita!!
- Maria.** ¡Qué se ofrece!!
(*Tambien muy fuerte.*)
- Clemente.** Esa voz me pone en brasas.
¡Ay! ¡qué bárbaro africano!
- Ciriaco.** (Qué bien berrea la dama.
Qué bien ahulla el galan.)
- Ciriaco.** ¡Saludo á usted!!!
- Maria.** ¡Muchas gracias!!!
- Ciriaco.** ¡Ya sabe usted de mi amigo
las pretensiones sensatas!!!!
¡La quiere á usted con delirio!!!!
- Maria.** (¿Amores? buena embajada:
pensé que iba á hablar de minas,
por eso esperé con ansia.)
¡Pues diga usted á su amigo
que yo no le quiero nada!!!!!!
- Clemente.** (Gracias.)
- Ciriaco.** (No, no seré yo
quien le quite la esperanza.)
¡Y por qué!!!!
- Maria.** ¡Porque yo tengo!!!!
¡quien me quiere!! ¡y me idolatra!!
- Ciriaco.** ¡Señora!!! ¡Pues ese tal!!!!
¡debe ser un papanatas!!!!!!
- Maria.** (¡Ay! ya no tengo pulmones.)
- Ciriaco.** (De gritar me duele el alma.)

ESCEXA XIV.

DICHOS. DON FACUNDO, *que entra á tientas.*

- Facundo.** (*Bajo.*) ¡Querer llevarme á la carcel!
¡á la carcel!!! (*La segunda vez dice carcel
con voz muy fuerte y tropiezo con don Clemente, que
iba á salir.*)
- Ciriaco.** ¡Virgen Santa!!
¿á la carcel?
- Clemente.** ¡Santa Virgen,
á la carcel! ¡ay, caramba!
- Maria.** (Aqui conspiran.) ¡Traicion! (*Todos andan.*)
- Facundo.** ¿Traicion? en Ceuta me encajan.

- Clemente.** ¿Traicion? Sin duda me siguen.
- Ciriaco.** ¿Traicion? Esto me faltaba.
Ahora de fijo me cuelgan:
¡ya, ya estaré buena facha!
- Facundo.** ¡Traicion! para un trasquilado
que volvió yendo por lana.
- Maria.** ¡Traicion! del pícaro sordo
contra mi virtud tramada.
- Ciriaco.** ¡Traicion! contra un emigrado
por esa sorda villana.
- Clemente.** ¡Traicion! contra un tesorero
propio de las circunstancias.
(Sale por el fondo.)

ESCENA XV.

DON CIRIACO. DOÑA MARÍA. DON LORENZO.

- Lorenzo.** Señor, ¿quién se ha pronunciado,
que así alborotan la casa?
- Maria.** ¡Mi marido!
- Ciriaco.** ¡Mi muger!
- Lorenzo.** ¿Muger y marido? ¿cáspita!
- Ciriaco.** ¿Tú eres la sorda?
- Maria.** ¿Y tú el sordo?
- Ciriaco.** ¿Pues cómo...?
- Maria.** Es historia larga.
(Ruido estrepitoso en la escalera como de un cuerpo
que rueda.)
- Lorenzo.** ¿Quién vive? ¡España! ¿qué gente?
¡Ay! que se llevan la caja.
(Vase con una luz.)
- Maria.** ¿La caja? va mi dinero.
- Ciriaco.** Y el mio; si no le alcanza
tendremos que mantenernos
con judías y patatas.
Reniego mil y mil veces
de estas viles artimañas
con que hoy al prójimo roban
muchas gentes holgazanas.
- Maria.** Ya le cogió, y mientras sube
te daré noticias gratas.
La orden que dió aquel pícaro!

- de tu prision, era falsa.
Facundo. (*Sacando la cabeza del cuarto de la izquierda.*)
 ¿Cómo que pícaro?
Maria. Sí,
 dése usted preso; ¡canalla!
Ciriaco. Sí, preso; cerrémosle
 para que le formen causa.
Facundo. Hagan de mí lo quieran,
 pero les pido una gracia.
 Si viene por ahí mi hermano,
 por Dios, que no sepa nada.
Ciriaco. Adentro.
Facundo. Que no me vea
 encerrado en esta jaula. (*Le cierran.*)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS. DON CLEMENTE. DON LORENZO. *Después* DOÑA CONCHA.

- Clemente.** Perdon, señor, mea culpa.
Ciriaco. Venga usted aquí, mala casta.
Clemente. ¡Chiss, que me voy á Madrid! (*Con misterio.*)
Ciriaco. ¿Y á qué? (*Con firmeza.*)
Clemente. (*Después de meditarlo.*) No sé.
Ciriaco. Cosa clara.
 Pase usted, mal tesorero,
 entre usted en esa estancia,
 que es el camino de Ceuta.
Clemente. ¿De Ceuta? ¿de qué se trata?
Ciriaco. (*Amenazándole.*)
 Pase usted, y punto en boca.
 Porque escandalizo á España
 como un tesorericidio.
Clemente. El delito me acobarda;
 pero si viene mi hermano,
 no sepa lo de la caja,
 ni aquí encerrado me vea.
Ciriaco. (*Le encierra á la derecha.*)
 Corriente, no sabrá nada.
Maria. (*A don Lorenzo.*)
 Usted me vuelve el dinero.
 Usted me da vida y alma.

- Concha.* ¿Vida y alma? qué osadía. (*Entrando*)
 ¡Pícaro infame, en mis barbas!!!
 Y usted se atreve, señora...
- Ciriaco.* ¿A mi muger?
- Lorenzo.* Concha, calla.
- Concha.* ¿Su muger? Usted dispense;
 como él es tan tragaldabas...
 Mas oiga, ¿qué toque es ese?
 ¡Fuego! ¡fuego! Dios nos valga.
- (*Don Facundo y don Clemente sacan al mismo tiempo la cabeza por la ventana y se ven.*)
- Facundo.* ¿Fuego?
- Clemente.* ¿Fuego?
- Facundo.* ¡Ay Dios, mi hermano!
- Clemente.* ¡Mi hermano allí! cara á cara
 nos vemos: ¿qué haces por ahí?
- Facundo.* Ya puedes ver, casi nada.
 ¿Y tú?
- Clemente.* Idem, pues... quemado.
- Facundo.* ¿Quemado? sí, cerca le andas.
- Clemente.* No es metáfora, que pronto
 nos vamos á ver en brasas.
- Ciriaco.* Vamos á casa, muger.
- Clemente.* ¿Cómo á casa?
- Ciriaco.* Sí, á mi casa
 con mi muger.
- Clemente.* ¡Muger suya!
- Maria.* Sí, amigo.
- Clemente.* ¡Cosa mas rara!
 ¡De un hombre que tira piedras!
 Nadie le cogió, seo maula,
 con el cuerpo del delito,
 como á usted.
- Clemente.* Eso es patraña.
 (*Abren la puerta, y sale don Clemente.*)
- Lorenzo.* ¿Patraña? gócese usted
 en lo que atrapar pensaba.
- (*Le presenta la llave, y Clemente no la quiere tomar.*)
- Clemente.* No.
- Lorenzo.* Ábrala usted.
- Clemente.* Dios me libre.
 No seré yo quien tal haga,

que es oficio de ladrones
 abrir un arca cerrada.

Lorenzo. Pues mírese en ese espejo. (*La abre.*)
 ¿Qué tal? ¿El tesoro es rana?

Clemente. ¡Piedras! ¡cielos! ¡esta sí
 que es para mí gran pedrada!

(*Se dirige al cuarto donde está don Facundo, y le
 saca.*)

Ciriaco. ¿Qué hace usted?

Clemente. Por vida mia;
 convencidos del pecado
 pedimos á este senado
 perdón, indulto, amnistía,
 olvido de lo pasado.
 Pues despojados no fueron,
 compadezcan nuestras penas...
 Y odien á los que dijeron
 que para el hombre se hicieron
 los grillos y las cadenas.
 No queráis verme enterrado,
 porque temo que al morir
 aunque paseis por mi lado
 no sereis para decir:
 que Dios te haya perdonado.
 Tenté atrapar el dinero,
 y esta conducta era mala;
 pero tambien considero
 que en casa del jabonero...
 el que no cae, se resbala.
 Amé á esta niña divina,
 porque ofrecen sus primores
 la imagen mas peregrina
 que pueden pintar pintores
 con papel y tinta fina.

Ciriaco. Yo, ya les tengo indultados.

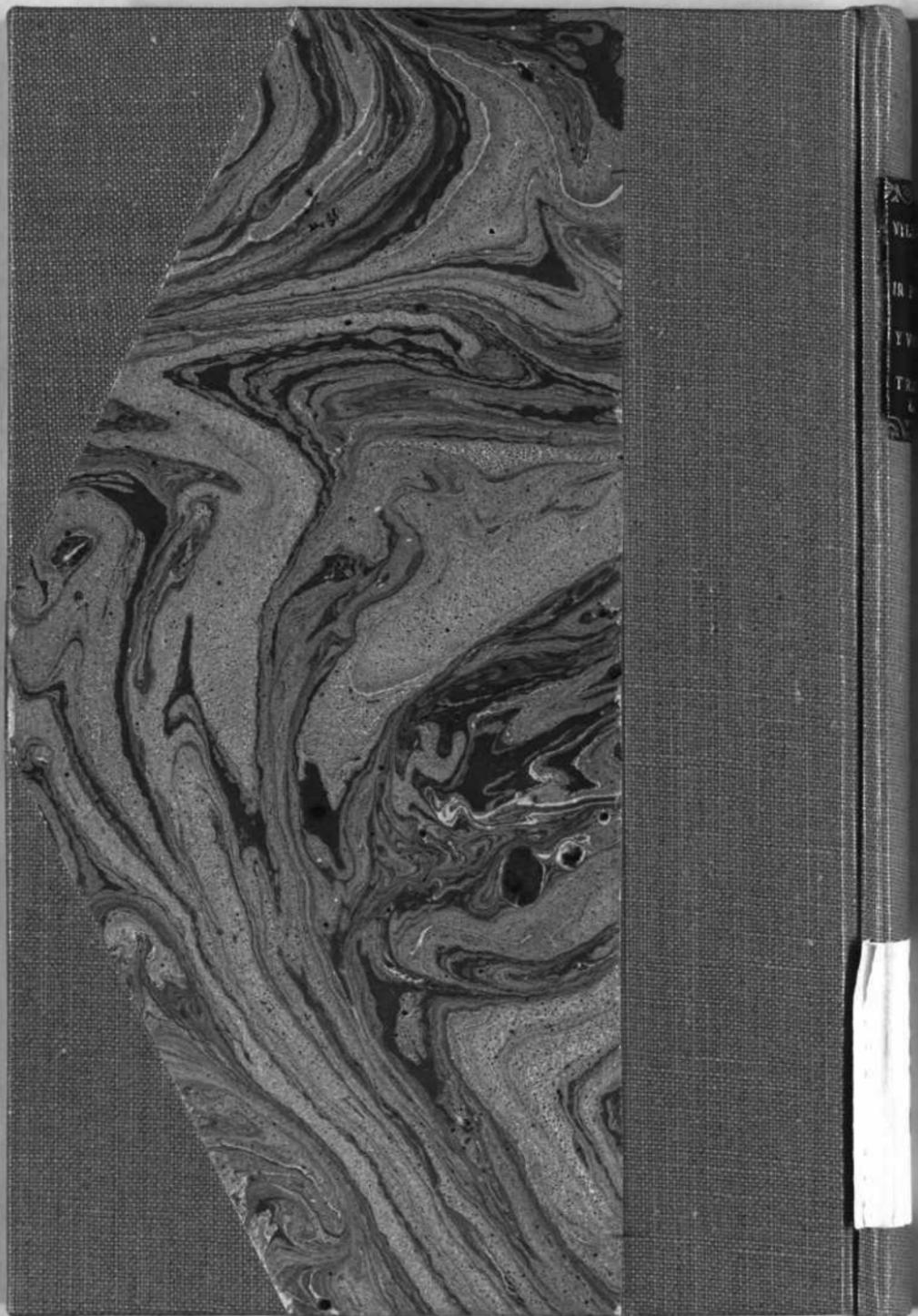
Maria. Y yo.

Lorenzo. Y yo, de buena gana.

Clemente. Ya fuimos bien castigados
 si ambos vinimos por lana
 para volver trasquilados.







VILLENGA

IR POR LANA

Y VOLVER

TRASQUIL-
LADO

G 43900